

»En la misma Inglaterra, tierra de promisión del cooperatismo, el socialismo municipal se desarrolla mucho más rápidamente que la organización cooperativa. Los capitales empleados por los poderes públicos, sólo en la industria del gas, ascienden á mayor cantidad que todo el haber social de las 1,767 sociedades cooperativas del Reino Unido.

»Esperar la conquista de los grandes medios de producción por la asociación privada de los trabajadores, es forjarse quiméricas ilusiones y hacer que se las forje el proletariado. La cooperación puede preparar el socialismo, pero no realizarlo. *Únicamente la expropiación de la clase capitalista por actos de voluntad colectiva puede asegurar la emancipación íntegra de los productores.*»

Por supuesto, comprendiendo en la clase capitalista los mismos cooperadores, que han entrado en ella por la cooperación y en ella perseveran por la explotación, como sus colegas los burgueses de todas clases.

## GANANCIERISMO COOPERATIVO

La cooperación excita la actividad emancipadora del trabajador, proponiéndole pequeños beneficios inmediatos que se multiplican sucesiva y constantemente, á costa de sacrificios menores aún: es un negocio de éxito seguro.

Los propagandistas cooperativos, impulsados por el deseo del éxito en el proselitismo, presentan los resultados brillantes obtenidos, y se atraen individuos, aburguesándolos, con la idea del negocio: la historia de los 28 tejedores de Rochdale, que con 20 céntimos semanales en 1844 habían llegado en 1891 á 11,647 socios, que realizaban un beneficio neto de 1.305,000 francos, se repite comentándola y comparándola con los asombrosos beneficios de otras muchas cooperativas más afortunadas aún, puesto que á mayores cifras representativas de socios y negocios se añade que tienen grandes edificios, almacenes repletos y hasta barcos para traer de los más distantes puntos de producción los géneros de



consumo sin haber de beneficiar intermediarios; pero hacen del trabajador un negociante que antes de obrar calcula, y cuando ha calculado, decide y ejecuta, ¿qué? no una obra altruísta, generosa y necesaria que se atraiga el odio que sienten los neutros por atavismo y misoneismo, el odio que sienten los prácticos y calculistas al que perturba sus planes, el odio que sienten todos los privilegiados contra el que atenta contra sus privilegios, el rigor que aplica el intérprete de una ley hecha en tiempos pasados como si hubiera de regir eternamente contra todo progreso, la brutalidad del sayón jornalero de la autoridad, el aislamiento, la dragonada, la cárcel, el presidio; sino, un negocio en que el gasto hecho y el sacrificio empleado reditúe, cuanto más, mejor.

¿Cómo no, si su medio de acción á la vez que su objetivo es el dinero? De dinero habla el propagandista cooperativo al obrero esclavizado por el salario cuando presenta los 20 céntimos del *pionnier* de Rochdale convertidos en el millón y pico de beneficios netos del balance de 1891; el dinero es el que concede la primacía social; el dinero es el que proporciona las satisfacciones de la existencia, incluso las del amor y las de la inteligencia, llegando á inclinar la balanza de la

supuesta justicia infinita, ya que por dinero ó misas pagadas se cree libre el pagano, ó sea el cristiano que paga, de las penas del purgatorio; sin dinero sigue dependiendo el trabajador política y socialmente de los compradores de su capacidad productora, y vivirá condenado en el mundo real y en el imaginario... pues á buscar dinero; y ya que no se puede obtener trabajando, porque el fruto del trabajo se le lleva el propietario por el llamado derecho de accesión; ni robando, porque contra el robo ilegal están tomadas todas las precauciones, obtengámosle negociando, ya que, como dijo uno que lo sabía de cierto: «el negocio es el dinero de los otros.»

De ahí proviene lo que Vandervelde llama *colectivismo capitalista*, y á eso se reduce lo que Bancel califica de «demostración de existencia del cooperatismo en oposición á esos otros sistemas que sólo viven virtualmente en la cabeza de sus propagandistas.»

Es inegable que el obrero que, desde la masa de servidumbre en que yace sumido, levanta los ojos buscando salida y sigue al que le promete y hasta le da una ganancia, se enfanga en otra masa tan pegajosa como la primera, de donde saldrá más ó menos mejorado materialmente, tal vez con un desengaño doloroso, quizá nunca



ennoblecido por aquel noble altruísmo que hace los héroes y los santos del progreso y de la civilización.

Yo pregunto al cooperatismo: ¿eres capaz de anular para siempre el artículo 350 del Código civil y sus concordantes? Y no encuentro respuesta satisfactoria, antes al contrario, me salta á la vista este dato: «Las sociedades de construcción en Inglaterra, sólo han podido hasta ahora construir 20,000 casas en Leeds. *Hay cooperadores que son propietarios de ocho casas, y las alquilan á los obreros.*»

Tengo á la vista un discurso de un hombre que ha dedicado á la cooperación gran suma de energía, Salas Antón, y en él, pronunciado en momentos de especial entusiasmo, en el que brilla la satisfacción por el éxito de un Congreso, el estímulo de los aplausos, la concentración del pensamiento, del recuerdo y de las esperanzas junto con las galas de la elocuencia, se lee:

«Porque vemos en la cooperación un poderoso medio de transformación social; porque vemos que, *bien manejada*, es una formidable palanca con la que podemos colectivizar, comunizar *acaso* la riqueza, tenemos tan grande entusiasmo por la cooperación.»

Pero recorriendo las grandes obras cooperativas que presenta Bancel, leo:

«En Leicester el Wholesale inglés posee una inmensa fábrica de calzado, que en 1897 ocupaba 2.230 obreros, que producían 1.341,198 pares de calzado, y en aquel año realizó un beneficio de 224,250 francos.»

Me limito á este dato, entre muchos que tratan de cooperativas riquísimas que *ocupan*, por no decir *explotan* obreros, como cualquier burgués ó compañía de burgueses, y aún recuerdo lo que me dijo un querido compañero, visitando en San Feliu de Guíxols una gran cooperativa obrera con edificio propio, grandes almacenes y tahona, acerca de la repugnante defensa de los intereses cooperativos por la junta general contra sus obreros panaderos, que pedían aumento de jornal y alguna mejora en las condiciones de trabajo. También creo útil copiar este párrafo, que hallo en una crítica de revistas de *L'Humanité Nouvelle*, que trata de un artículo titulado *Les dividendes et les coopératives*. «El autor se indigna contra las cooperativas alemanas, cuyos socios son en su mayoría demócratas socialistas, en las cuales parece que no son raras las jornadas de trabajo de 13 y más horas, con salarios



escasos para que los asociados puedan lograr un 10 y hasta un 18 por 100 al año.»

Quiero hacer á los trabajadores entusiastas por la cooperación que aún no cooperan en grande, la justicia de creer que eso no es cooperación *bien manejada*, y que no es esa la palanca que *acaso* (dejando subsistente la duda de Salas Antón), colectivice y comunique (aceptando también esos neologismos) la riqueza. Mas ¿puede hacer otra cosa?

El trabajo, incorporado á una organización social, aumenta su productividad por la división de las tareas, la convergencia de los esfuerzos y el perfeccionamiento de las herramientas y de la mecánica aplicada, lo que da lugar á un excedente del inmediato consumo y á un mayor valor que el de las fuerzas y los medios empleados en la producción, el cual, en el régimen económico vigente fundado sobre el artículo 350 del Código que le sirve de piedra angular, no vuelve al trabajador, sino que lo detentan con toda legalidad los propietarios. Y propietarios son los cooperativos, que gozan por *accesión* del derecho legal, privilegiado, burgués, inhumano de apoderarse del fruto del trabajo de su ex-amigo, ex-compañero, ex-hermano el obrero que trabaja en su fábrica.

Si lo que caracteriza al régimen actual respecto á la producción y distribución de la riqueza, es la omnipotencia del capital fundada sobre la apropiación usurpadora de los bienes naturales y de los bienes producidos, sin otro fin que la ganancia, ni otra regla social que la competencia, los cooperativos que extienden su acción comercial é industrial más allá de su propio trabajo personal son usurpadores, son burgueses. La prueba me la suministra un propagandista de la cooperación, el mismo Bancel en *Le Coopératisme, donde se lee*:

«Buen número de sociedades no vacilan en seguir los verdaderos principios cooperativos (las hay que según el autor hacen obra capitalista.) Entre las buenas, se cuenta la de Leeds, que ha anexionado á sus almacenes de venta, talleres para la fabricación de vestidos, muebles y calzado; las de Glasgow, de Manchester, etc., de Gante (Bélgica), etc., etc., donde se elaboran varios productos vendidos por las sociedades.

»Gracias á estas medidas, se forma un capital colectivo de manos muertas laico y hace beneficiar á todos los consumidores de su utilidad. Los obreros encuentran allí una ventaja, porque no sufren crisis ni otras pérdidas que la industria les reserva generalmente. Prescindiendo de va-



rias otras utilidades, contentémonos con decir que *en todos los talleres cooperativos se paga á los obreros de conformidad con las tarifas aprobadas por las Trades-Unions*, y que el trabajo se efectúa en ellos en excelentes condiciones. Si surgen dificultades entre las cooperativas y sus obreros, *la diferencia se resuelve ante un comité mixto de cooperadores y obreros.*»

Y yo pregunto: ¿Qué es eso, sino continuar la división de capitalistas y obreros, como si tales cooperativas no existieran, y mantener en vigor el vicio fundamental del régimen capitalista, no ya desde el punto exclusivo de vista de la distribución de la riqueza, sino también respecto de la productividad del trabajo, á saber la usurpación privilegiada del exceso de producción y del mayor valor producido por los trabajadores?

Suelen decir también los panegiristas de la cooperación, que «ésta no es la obra, ni el instrumento de una categoría de personas, ni de un partido, ni de una secta, sino que cada uno puede cooperar sin distinción de opiniones políticas, religiosas ó filosóficas; el cooperatismo deja á sus adeptos absolutamente libres, y los beneficios distribuídos por la misma sociedad cooperativa pueden servir, á gusto de cada societario, para defender tal opinión, tal idea ó tal causa de su

preferencia. En las cooperativas no se conoce más que al consumidor, al hombre desde el punto de vista económico. Sin embargo, en ciertos países, como Bélgica y Francia, pueden verse en una misma población dos clases de cooperativas, las católicas y la socialistas, (en España hay hasta la republicana, á lo menos en proyecto, tal vez no cuajen por hallarse su existencia supeditada á conveniencias caciquiles electorales), afectando los beneficios á una propaganda determinada. Eso es un mal, afirma sin reticencias el autor indicado, porque las instituciones cooperativas no deben preocuparse de consideraciones extrañas á la vida del consumidor, y el almacén cooperativo debe de ser el terreno neutral donde han de encontrarse los hombres que tienen un interés común, del mismo modo que se encuentran en las tiendas y en los almacenes públicos.»

No se si Bancel tiene razón; lo que me conviene hacer notar es la oposición que existe entre esa opinión y la del Congreso cooperativo de Barcelona que, según Salas Antón, «Cataluña ha demostrado desde su primer Congreso, que no abraza la asociación cooperativa como un fin, cuyo desenvolvimiento en la misma asociación cooperativa termine, sino como un medio prác-